

LO QUE SE NECESITA

Cada día realizaba ese recorrido a pasos rápidos, ignorando las distracciones y con la premura de quien acostumbra llegar siempre a última hora. Eran mediados de abril, con el sol abrasador brillando en lo más alto del cielo, llameando sobre mi piel y secando ligeramente mis labios.

Tomé el ritmo: "Un dos, un dos" murmurando en voz baja a la cadencia de las largas zancadas, siendo consciente de las pocas cuadras para llegar a mi destino. Giré mi rostro ante el barullo de las personas paralelas a la calle, más por costumbre que por previsión.

Entonces la vi. Delgada, camisa sucia y pantalones dos tallas más grandes de lo que le correspondía. A su lado, al parecer, su hermana pequeña en las mismas condiciones deplorables.

Las observé un minuto más antes de retomar mi camino. Me percate con esa última mirada de su estado de pasividad mientras caminaban tomadas de las manos. La tranquilidad llenó mi cuerpo al ver que no parecían asustadas.

Pronto seguí mi día, dejándome llevar por la agitación acostumbrada de mi trabajo como camarera, yendo presurosa de mesa en mesa para atender a las personas dentro del recinto. Al finalizar el día, dediqué un vistazo al cielo estrellado, y volví a pensar en ellas.

Sin notar el paso del tiempo, los días desfilaron rápidos, y esta comenzó a ser mi rutina. Las buscaba con la mirada, siempre sobre la misma avenida principal. Cuando tenía algunos minutos de sobra me daba el tiempo de obsequiarles algún refrigerio o pocas monedas.

Aquella tarde en específico enfundada con el mandil y la falda reglamentarias, mis piernas se movían a lo largo del restaurante, de la cocina a las mesas y entre los pasillos. Al girar sobre mis talones y alzar la vista, pude distinguir unas figuras conocidas entrando por la puerta principal.

Eran ellas, las dos pequeñas niñas, entraban a pasitos cortos y miradas gachas. La persona que cuidaba la puerta les detuvo el paso apenas llegaron a la caja de cobro. Teníamos prohibido dejar ingresar a personas que buscaban limosnear. Solo pidieron permiso para entrar a los sanitarios, a lo que la encargada accedió, con algo de desconfianza.

Cuando avanzaron por el pasillo pude notarlo, el cómo devoraban con los ojos los estantes de juguetes exhibidos en la tienda. Observaban el lugar con pura y absoluta curiosidad.

Al parecer la más pequeña, que aparentaba unos 2 o 3 años nunca había visto juegos parecidos a los del restaurante y le preguntaba entre murmullos a su hermana que era eso tan colorido, donde los niños reían y daban vueltas. Dio un pasito, dudosa. La mirada hipnotizada. Otro paso. Me miró, con miedo a que la fuera a reprender, seguramente acostumbrada a los malos tratos.

Le sonreí tratando de inspirar confianza y tomé con delicadeza aquella mano, tan pequeña que abarcaba solo la mitad de la mía. La guie hacia la zona, dándole instrucciones breves para ingresar a los juegos.

Sin pensarlo, les pedí la pequeña bolsa de tela que llevaban consigo ambas hermanas ingresando con premura pan dulce, un botellín de agua y un poco de comida.

Sus redondos ojos color chocolate me miraron, conmoviéndome. Recibieron la comida con una alegría que logro descolocarme por unos segundos y salieron con una sonrisa pintada en sus infantiles rostros.

De pie e inerte frente a la lustrosa puerta de madera, me di cuenta. Yo no soy la persona que más dinero tiene o con el mejor trabajo.

Pero si poseo el deseo de ayudar, y eso... eso es todo lo que se necesita.

-Saori Bell